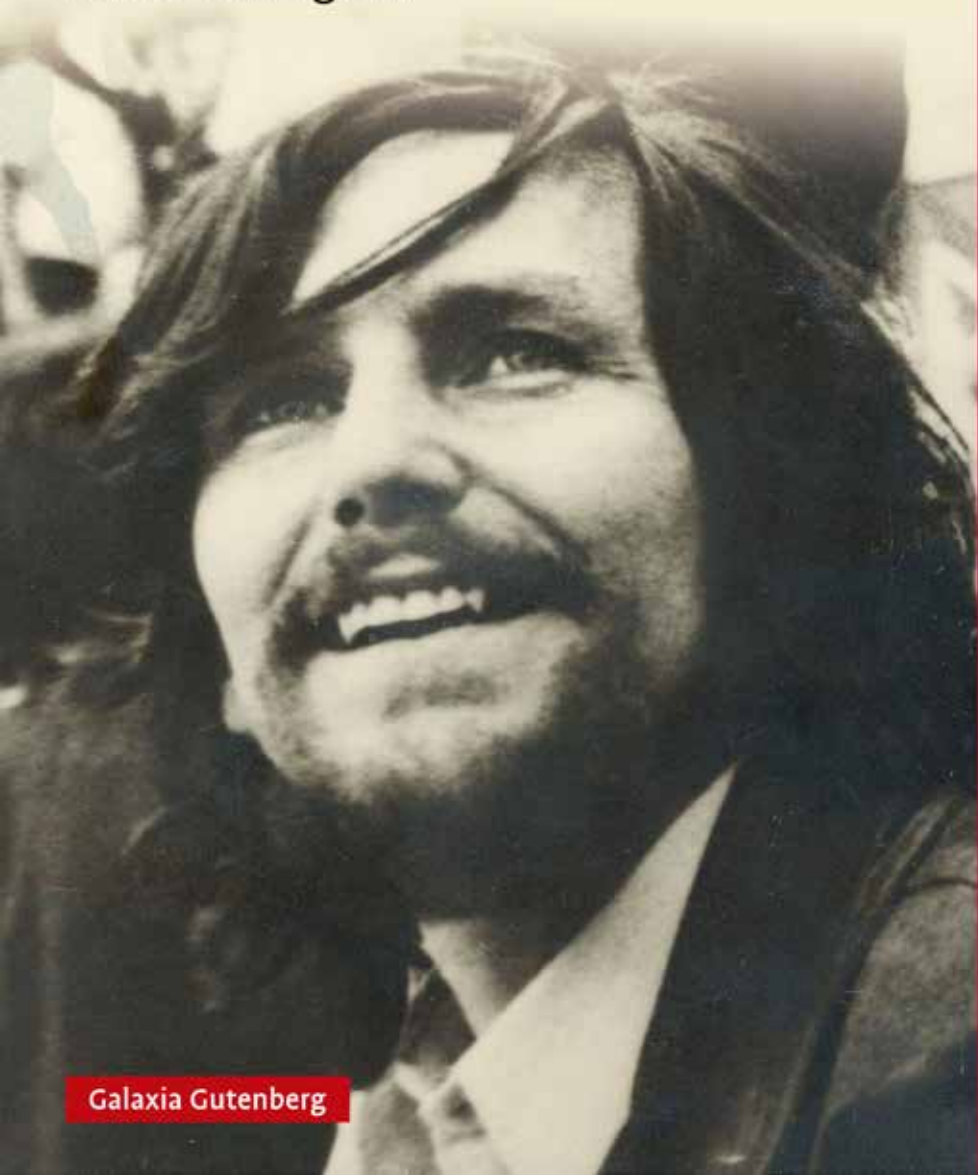


Alfonso Comín

Cristiano en el Partido, comunista en la Iglesia

Obra escogida



Galaxia Gutenberg

ALFONSO COMÍN

Cristiano en el Partido,
comunista en la Iglesia

Obra escogida

Galaxia Gutenberg



Con el apoyo de:



**Ajuntament
de Barcelona**

Edición al cuidado de Joaquim Sempere

Selección de los textos al cuidado de Antoni Castells, Betona Comín, Maria Comín,
Toni Comín, Maria Lluïsa Oliveres, Ignasi Riera y Joaquim Sempere.

Publicado por
Galaxia Gutenberg, S.L.
Av. Diagonal, 361, 2.º 1.ª
08037-Barcelona
info@galaxiagutenberg.com
www.galaxiagutenberg.com

Primera edición: noviembre de 2025

© Herederos de Alfonso Comín, 2025
© Galaxia Gutenberg, S.L., 2025

Preimpresión: Maria Garcia
Impresión y encuadernación: Romanyà-Valls
Plaça Verdaguer n.º 1, 08786-Capellades
Depósito legal: B 18749-2025
ISBN: 978-84-19738-08-0

Cualquier forma de reproducción, distribución, comunicación pública o transformación de esta obra sólo puede realizarse con la autorización de sus titulares, aparte de las excepciones previstas por la ley. Diríjase a CEDRO (Centro Español de Derechos Reprográficos) si necesita fotocopiar o escanear fragmentos de esta obra (www.conlicencia.com; 91 702 19 70 / 93 272 04 45)

Índice

Nota editorial, <i>de Joaquim Sempere</i>	II
Prólogo, <i>de Betona Comín i Oliveres, Maria Comín i Oliveres</i> y <i>Toni Comín i Oliveres</i>	15

I LIBROS

España del Sur [1965]	
Nota preliminar	81
Introducción: La mentira de una pobreza secular.	83
Los supuestos naturales.	87
La reforma de la empresa	89
Hacia una civilización del trabajo	92
Conclusión	106
España ¿país de misión? [1966]	
Justificación	109
Socialismo y doctrina social de la Iglesia	113

Vivir en prisión [1969-1970]

Parte I	120
El período	121
El trabajo	125
Celdas de castigo	128

Noticia de Andalucía [1970]

Réquiem por la teoría de Andalucía	133
--	-----

Por una estrategia sindical [1970]

Hacia una acción sindical en la empresa	142
---	-----

Introducción a la obra de Emmanuel Mounier [1974]

La vida: el acontecimiento será nuestro maestro interior	146
El personalismo no es un sistema	158

Fe en la Tierra [1974]

Introducción: El credo y la práctica que han dado sentido a mi vida	171
La primacía de la conciencia. Cristianos ante la revolución social	185
La cuestión de la unidad y del pluralismo. La fe de la liberación	204
Autonomía y dependencia de la fe en el proceso revolucionario	217

La reconstrucción de la Palabra [1977]

Introducción	225
Hacia el marxismo, con perspectiva cristiana. Carta abierta a Emmanuel Mounier	235
Cristiano en el Partido y comunista en la Iglesia	245
Epílogo. La reconstrucción de la Palabra	249

Cristianos en el Partido, comunistas en la Iglesia [1977]	
Introducción: El gran encuentro de la época	
contemporánea	253
Antecedentes más destacados en el movimiento comunista	
internacional y en España	257
El Partido ante la nueva Iglesia	262
El debate sobre las declaraciones	266
Objeciones marxistas a los comunistas cristianos	270
Por qué soy marxista y otras confesiones [1979]	
«Materialismo histórico» y «materialismo dialéctico»	273
«Método de análisis»	274
Teoría y praxis	276
Cuba, entre el silencio y la utopía [1979]	
El difícil transcurso de la Revolución cubana	279
La conflictiva evolución de la política cultural	289

II

INTERVENCIONES PÚBLICAS

«El problema de hoy más que de fe, es de instituciones» [1970]	303
Problemática laboral y sindical [1974].	313
La lucha de clases pasa por la Iglesia [1974].	322
El socialismo en la democracia [1976].	329
Sobre las fuerzas de izquierda en España [1979]	331
Intervención en el mítin del PSUC del Parque de la Ciudadela [1977]	333
La soledad de la fe [1978]	339
Aportaciones de la presencia de cristianos en el proyecto eurocomunista [1979].	350

III

ARTÍCULOS, CARTAS Y POEMAS

Artículos	367
Testigo por los inocentes [noviembre de 1957]	369
Foucauld en los Monegros [julio-agosto de 1958]	374
Lanza del Vasto y El Arca [abril de 1959]	381
Preferencias [marzo de 1960]	388
Las aventuras de la gracia, <i>Diálogos de Carmelitas</i> [noviembre de 1960]	391
¿Qué puedo hacer yo? Un ingeniero [octubre de 1962]	395
¿En qué creemos los cristianos? [1968-1969].	402
Intelectuales de izquierda y organización de la cultura [agosto de 1977]	408
L'essència de Nadal per al cristià [diciembre de 1977]	415
Amigos y enemigos [mayo de 1978]	419
¿Qué es ser creyente? [sin fecha]	421
Cartas	423
Cartas desde Los Castillejos (Milicias Universitarias) [1955-1956].	425
Cartas desde la cárcel [1969].	430
Poemas	441
[Te quiero y pienso en ti,]	443
[¡Ay, y cómo quisiera poseerlos!]	445
[Lejos de ti te imagino]	447
Poemas de la ausencia	449
Hermano animal	452
Anuncio del puma	455
Incertidumbre	460
Septiembre 75	462
Encrucijada	465
Primavera	467
Fondo bibliográfico	469

Nota editorial

Esta antología de textos de Alfonso Comín bajo nombre de Obra escogida, agrupa en unas cuatrocientas páginas una parte de los escritos contenidos en las cerca de seis mil páginas de su Obra completa, que la Fundación Alfonso Comín publicó entre 1986 y 1994 en Barcelona, en siete volúmenes, bajo el título de *Obras*.

La fundación, nacida en 1983, fue impulsada y presidida durante cuarenta años por su esposa, Maria Lluïsa Oliveres. La edición de la Obra completa fue una de las tareas principales de la fundación en sus primeros diez años de actividad. Dividida en siete volúmenes, en los cuatro primeros se reeditaron los libros que Comín publicó en vida, algunos de ellos ya agotados, en el volumen V se recopiló la extensa colección de artículos que fue publicando a lo largo de su trayectoria intelectual, en el VI se recogen prólogos y contribuciones a libros colectivos, así como algunos textos inéditos, y en el último el resto de textos inéditos, así como una selección de sus cartas personales y de sus poemas.

La presente Obra escogida de Alfonso Comín fue elegida por Maria Lluïsa Oliveres como proyecto final de la Fundación, antes de dar paso a su cierre. De la misma forma que ella tuvo un papel preeminente en el proyecto editorial de la Obra completa, fue también la promotora y la iniciadora del presente volumen. Aunque su

fallecimiento en febrero de 2023 le ha impedido verlo finalizado, a ella se debe fundamentalmente el mérito de que finalmente haya visto la luz.

La intención de esta antología es dar a conocer, de manera asequible, a un público amplio el pensamiento y la sensibilidad de una persona que, pese a su muerte prematura en 1980 a los cuarenta y seis años, dejó una huella indeleble entre los cristianos progresistas y los militantes comunistas y, en general, en la izquierda catalana y del resto de España de la segunda mitad del siglo xx.

El título del presente volumen es la recreación –en singular– del título de uno de sus libros más conocidos, que hace referencia a su lucha por legitimar la militancia de los creyentes en los partidos comunistas y de izquierdas en general, y por normalizar la presencia de militantes de izquierdas en la Iglesia: un rasgo tan importante de la herencia política e intelectual de Comín, que se ha considerado que merecía ser recogido de manera explícita en el título.

Sin embargo, las aportaciones de Alfonso Comín abarcan, más allá de este asunto, un amplio abanico de reflexiones –sobre todo religiosas y políticas, pero también sociológicas, económicas, sindicales, culturales e incluso literarias– que se han intentado reflejar de la manera más completa posible en las páginas que siguen. En efecto, la elección de los textos ha buscado que la selección fuera representativa de todos los temas que trató, todas las épocas en las que escribió y todos los géneros mediante los cuales hizo su aportación intelectual. El equilibrio entre estos distintos criterios es el que ha determinado esta selección, que ha sido un trabajo colectivo a cargo de Antoni Castells, Toni Comín, Betona Comín, Maria Comín, la propia Maria Lluïsa Oliveres, Ignasi Riera y Joaquim Sempere.

Los textos se han agrupado en tres partes: «I. Libros», «II. Intervenciones públicas» y «III. Artículos, cartas y poemas». En la primera se recogen capítulos o partes de la mayoría de sus libros, tanto publicados como inéditos. En la segunda, se agrupan textos de diverso género pero que comparten la característica de que fueron escritos para ser dichos en público –mítines, ponencias de congresos, documentos programáticos– o que fueron transcritos después

de ser pronunciados públicamente –entrevistas, conferencias, mesas redondas–. Su carácter de intervención pública da una perspectiva complementaria del perfil intelectual de Alfonso Comín. En la tercera parte se recoge una breve selección de los más de trescientos artículos que publicó en vida, así como los textos más íntimos y personales: varias cartas de juventud a quien más tarde sería su esposa, cartas desde la cárcel y algunos poemas. En cada una de las partes los textos se ordenan cronológicamente y tanto en el índice como en cada uno de los textos se indica la fecha de su publicación.

Siempre que ha sido viable –por la brevedad de su extensión– se han reproducido textos íntegros. Pero en general ha sido necesario elegir fragmentos; en esa elección se ha intentado siempre preservar la máxima integridad posible de la parte seleccionada. El signo «[...]» indica que se ha eliminado algún fragmento en medio del texto elegido. En el índice general, en la sección de poemas, los corchetes indican el primer verso cuando el poema no tiene título.

El deseo de los responsables de la presente edición es que esta selección permita adentrarse de un modo factible en un pensamiento y una producción intelectual –reflejo de una vida y de una intensa trayectoria de compromiso político y religioso– que la Obra completa permitía ya conocer en toda su vastedad. Con esta Obra escogida, por lo tanto, la Fundación Alfonso Comín cierra una historia que inició cuarenta años atrás: Obra completa y Obra escogida, inicio y fin de la Fundación de la cual Maria Lluïsa Oliveres fue, en todo momento, la inspiradora.

J. S.

I

LIBROS

España del Sur [1965]

NOTA PRELIMINAR

Este libro habla de Andalucía. Si el lector logra salvar la aridez de sus páginas verá por qué se habla de Andalucía y cómo se habla de ella. Está escrito por alguien que no es andaluz, pero que —es la única pretensión que se arroga— ama profundamente esta tierra de sol y de contrastes. Y la mayor tragedia del amor es su íntima exigencia, su inviolable sinceridad, su insobornable deseo de libertad... Decía Bernanos que «el escándalo del universo no es el sufrimiento, es la libertad. Dios hizo libre a su creación, éste es el escándalo de los escándalos, pues todos los demás proceden de él». El escritor o el poeta pueden convencer fácilmente de su amor y de su dedicación a la tierra que canta. La música de la guitarra de unas soleares es expresiva y hondamente entrañable por su misma vibración, por su hondura. Por algo decimos «cante hondo». Pero los que no poseemos ni la capacidad musical ni la poética, los que hemos caminado por la senda ardua y áspera del trabajo técnico y social, sólo podemos ofrecer lo que poseemos. ¡Bien sabe Dios que deseáramos poder ofrecer más poesía y menos números en esta obra! Sin embargo, nuestra mirada pobre, limitada, se ha desarrollado en torno de problemas que creemos algo olvidados. Confiamos cumplir así

la mayor exigencia del amor: dar lo que se es y también lo que se posee. Hemos puesto nuestra capacidad profesional al servicio de esta tierra, de la España del Sur. Y un poquito de nuestra vida; algunos jirones se han quedado en el camino...

Cuatro años de vivir en el Sur en contacto con ciertos problemas, en convivencia con amigos constreñidos por condiciones de vida escasamente épicas, hace la piel más sensible a ciertos dolores. Nuestras voces vibran según los signos de nuestras preocupaciones. El intelectual que escribe desde un despacho o desde un seminario alejado del mundanal ruido –del ruido de los conflictos–, o que se acerca exclusivamente al campo social de su investigación de manera expeditiva, según sus horas de trabajo bien remunerado, pero que no convive con las personas de quienes habla, que desconoce sus preocupaciones más cotidianas, puede conservar la sangre fría, puede jactarse de su posición serena y ponderada. El que se decide a convivir con los hombres que sufren los problemas que analiza, con la relativa e inevitable distancia que acompaña a la condición misma del escritor, puede quizá mantener la contención necesaria para que el proceso mental sea riguroso, para que la pasión no desborde a la verdad; pero, forzosamente, sentirá el impulso predominante del grito.

Si el lector juzga las páginas que siguen excesivamente críticas, confiamos que comprenderá las razones, según lo que acabamos de exponer. Que no interprete esta obra como un balance de toda una realidad tan compleja como es Andalucía. ¿Cómo íbamos a pretender semejante empeño? Ni tenemos capacidad para ello ni somos quién para elaborar balances. Si nos hemos situado en una perspectiva crítica hacia el futuro, no significa menosprecio de las realidades positivas que existen, de los fenómenos dinámicos que están movilizándolo la sociedad en torno de la cual giran estas páginas. No negamos ninguno de los avances logrados, y varios de ellos quedan constatados en las estadísticas que incluimos copiosamente y en el texto que se ha redactado. Pero deseamos más avances y más justicia. ¿Y quién de nosotros no lo desea? Por otra parte, confiamos en que el subtítulo de la obra –«Aspectos sociales y económicos del

desarrollo industrial de Andalucía»— ponga de relieve inmediatamente la limitación de la obra y del tema elegido.

Concluimos este prólogo, con el que solicitamos comprensión si en algún momento se juzgan duros nuestros deseos. ¿Podemos decir, para terminar, que, precisamente porque somos críticos, confiamos en la luz de los hombres? ¿Es necesario reseñar que nuestra voz, tan poco musical, tan desafinada, ha deseado ser en este caso, sobre todo, voz de Andalucía? ¿Debemos reafirmar, una vez más, nuestra inquebrantable esperanza en la capacidad de justicia y de convivencia de los que hemos nacido en este solar abierto y duro como la piel del toro, de los que estamos dispuestos a sostener con nuestra capacidad de amor y de verdad la paz de todos? ¿Debemos afirmar, para que nadie nos interprete mal, el amor que dilata nuestro quehacer y que ha ido quemando nuestras breves vidas, este amor que trata de forjarse en una concepción arriesgada de la tarea intelectual, este incesante amor por los hombres de España?...

[...]

INTRODUCCIÓN: LA MENTIRA DE UNA POBREZA SECULAR

La resignación de los pueblos pobres está tocando a su fin. Los determinismos geográficos y los mitos racistas pierden vigencia, y —pese a la resistencia de tantos sectores reaccionarios— el despertar de los pueblos oprimidos alcanza cada día mayor dinamismo. La explicación racista que justificaba la pobreza secular de la España del Sur como una consecuencia inexorable de su propia incapacidad para ganarse el bienestar, va teniendo cada día menos adeptos. La investigación económica y las ciencias sociales, los profundos y numerosos análisis que se llevan a cabo en la mayoría de los países subdesarrollados nos muestran las verdaderas causas de la pobreza de esos pueblos. El problema naciones ricas-naciones pobres ha pasado al primer plano de los problemas internacionales; el análisis de

las diferencias internacionales, la brutal desigualdad de desarrollos –el despilfarro frente a la total indigencia de dos tercios de la humanidad– ha probado la veracidad del juicio de Gandhi: «El reverso de la abundancia de las naciones ricas es la miseria de los pueblos pobres».

De la misma manera, las ciencias sociales nos permiten conocer las profundas y verdaderas causas del atraso socioeconómico del Sur español. Podemos aplicar la investigación social al análisis de este problema, e iremos hallando causas definidas que explican el porqué de una triste realidad. Podemos preguntarnos por la verdadera unidad y por la verdadera civilización de un país que permite el desarrollo de sus regiones ricas, gracias –en buena parte– a la miseria de sus regiones pobres. Podemos preguntarnos por la torpeza de quienes han permitido que tal situación llegue a los extremos actuales y sobre la escasa voluntad de remediarla. Podemos hacernos estas y muchas otras preguntas en torno a uno de los problemas más acuciantes de entre los que acosan a nuestro país.

Desde luego, ha llegado la hora de terminar también con la explicación folklórica de Andalucía y de repudiar la literatura que los «bien pensantes» han elaborado para tranquilizar sus conciencias, exaltando la gloriosa y profunda adaptación del andaluz a su miseria. Las cualidades personales del andaluz –como las de cualquier ciudadano del mundo– son una compleja amalgama que difícilmente permiten establecer determinismos. Un ligero y sobrio análisis nos permite ver inmediatamente la falsedad del argumento racista y la hipocresía del argumento folklórico, con los que se desearía mantener el *Spanish show*, tan rentable para algunos. Cualquiera que quiera ver comprenderá la falsedad del argumento que insiste en la incapacidad del andaluz para el trabajo y para proveer su futuro. Cualquiera comprende que nadie se adapta a la miseria en cuanto puede huir de ella.

Trataba Emilio de Figueroa en un artículo sobre el desarrollo económico español el «dualismo» económico del país, de las «dos Españas» que se definen desde el punto de vista económico. Estas dos Españas, la «España rica» y la «España pobre» –¿podemos

calificarlas así desde un punto de vista relativo?— coexisten hoy con evidente beneficio para la «España rica»; esta realidad se impone en el Sur con una evidencia imperiosa, diariamente, con sus signos habituales: la emigración, el caciquismo, la dependencia del Centro y del Norte para cualquier aliento, para la vida misma, etc. En la España del Sur existe un colonialismo de los más sutiles; el dominador habla el mismo idioma y tiene hábitos parecidos...

Los desequilibrios regionales tienen una importancia considerable para la dinámica económica de nuestro país, dinámica centrada sustancialmente en la desigualdad social y regional. La precaria situación de zonas como la andaluza suministra a las regiones avanzadas del país una mano de obra barata, abundante, industriosa y movilizable a voluntad según la coyuntura económica. El fenómeno, hoy, se amplía aceleradamente al ámbito europeo; la expansión alemana o suiza cuenta con nuestros trabajadores, y así la emigración de nuestros hombres es el curioso reverso de la invasión turística europea que vivimos. El malagueño emigra y Torremolinos es la sede de la más elegante inmigración europea, castellana o norteña.

Este trabajo gira en torno a los problemas que plantea la industrialización de Andalucía. Podrá parecer paradójico hablar de industrialización cuando aún no se ha logrado resolver el problema fundamental del desarrollo agrícola. De acuerdo con que el problema agrario es uno de los problemas fundamentales de Andalucía. Cuando se tratan los problemas del Sur español se habla siempre de la necesidad de la reforma agraria, reforma que debe dirigirse, en primer lugar, a una justa distribución de la propiedad, a la par que a promover una mejora de los atrasados métodos productivos predominantes, que permita incrementar la productividad agrícola. La literatura económica, los escritos políticos y las críticas sociales en torno a este tema abundan, y si no se procede a la citada reforma agraria no es por falta de investigación y de parlamento, sino por otras razones, esencialmente políticas. Por supuesto, todo lo que se haga en este campo seguirá siendo útil e

importante, y no queremos significar con lo dicho que las investigaciones agrarias hayan llegado a ser superfluas. Ni mucho menos. Queda mucho camino por recorrer y hay que mantener viva la llama de la inquietud.

Pero, por otra parte, los estudiosos del desarrollo económico coinciden en la necesidad de armonizar la reforma agraria, en una zona como la andaluza, con el correspondiente proceso de industrialización. Desarrollo agrícola e incitación industrial son aspectos de un mismo proceso de crecimiento económico, si se desea que éste sea coherente y equilibrado. Con el desarrollo del sector primario simplemente, por eficaz que sea, no podemos resolver los problemas económicos de una zona atrasada. Además, sabemos que, en la dinámica del desarrollo, el crecimiento industrial favorece el progreso agrario, y que las técnicas organizativas características de la industria moderna se filtran muchas veces hacia el campo a través de procesos simultáneos, lo que implica una ventaja adicional para este sector y viceversa. Pues hay una interacción mutua entre las estructuras agrarias e industriales, gracias a la cual el progreso de unas favorece el de las otras. No vamos a insistir en este aspecto; creemos que la historia social y económica, además de los planteamientos teóricos de los pensadores contemporáneos, prueban suficientemente la necesidad de armonizar progreso agrario e industrial a la hora del desarrollo económico.

Pero creemos que, pese a estas afirmaciones generalmente bien admitidas, los problemas del desarrollo industrial de Andalucía han quedado postergados en espera de la famosa reforma agraria... que se ha constituido en una «esperanza desesperanzada». Se ha establecido un orden de prioridades cronológico: primero, reforma agraria, y después, ya pensaremos en industrializar. El hecho es que los estudios, investigaciones e iniciativas en el campo industrial –por lo que se refiere a la España del Sur– no alcanzan la amplitud y profundidad que sería de desear.

Por ello, con este trabajo quisiéramos despertar una mayor preocupación por este tema para que, quienes pueden hacerlo, inicien trabajos sistemáticos y ordenados sobre el desarrollo

industrial de Andalucía. Para que terminemos con los «palos de ciego» que se van dando aquí y allá y que pomposamente denominamos «planes» o «medidas económicas». Fácilmente confundimos tal o cual acción aislada, tal o cual medida parcial, con la «única y posible» política económica.

Se aducirá que hoy ya tenemos el instrumento idóneo para las zonas atrasadas, que nuestra actual política económica, instrumentada en el Plan de Desarrollo, ofrece a través de su política de desarrollo regional, que gira en torno a los Polos de Promoción y de Desarrollo un campo de acción de perspectivas insospechadas y nuevas en nuestro quehacer económico. En efecto, hay un plan, y antes no lo había. Andalucía cuenta con dos polos, Sevilla y Huelva, y antes sólo tenía un apresurado Plan Jaén y un hipotético Plan Málaga. Ha habido cambios, y esos cambios, indudablemente, nos afectan. Trataremos de ver en qué medida representan las líneas del progreso futuro, social y económicos, de Andalucía.

[...]

LOS SUPUESTOS NATURALES

Entre las ocho provincias andaluzas que se extienden a lo largo del Sur español tenemos una superficie de 87.267 km², lo que quiere decir que ocupan el 17,3 % del ruedo ibérico. Un amplio perímetro marítimo y el paso por sus tierras de ríos de la importancia del Guadalquivir y del Guadiana, perfilan una orografía bien predispuesta para la habitabilidad y el progreso. Los puertos de Málaga, Cádiz o Huelva son ventanas de comunicación al exterior, así como sus contactos fronterizos con Gibraltar o Portugal.

Tierra soleada, Andalucía posee riquezas naturales que la hicieron desde tiempos remotos polo de atracción de comerciantes y de financieros. No vamos a describir ahora las antiguas riquezas de una tierra de promisión cantada por poetas y músicos, cuyas voces pasan de la mina al paisaje o al sol canicular.

Su tierra es capaz para el olivo y el viñedo, la cebada y la caña o la remolacha, el algodón y el esparto, las naranjas y los limoneros... Sus comarcas naturales, dibujadas con luz y con entraña, nos sacuden, al pasar, con sus colores y sus extrañas palabras. La vega de Antequera, donde percibimos una riqueza vergonzante y escondida, suave, pero felina; o las hoyas de Málaga, Motril o Adra, o el desierto de Almería, que nos turba con el signo brutal de la pobreza; Sierra Morena y Sierra Nevada, como fieles defensores de una tierra que quiere comunicarse y abrirse al mundo, y, al tiempo, conservar «algo» vivo que no quiere agonizar. El Condado y Las Marismas, los Llanos de Jerez y los Campos de Níjar, El Alfaraje o las Lomas de Úbeda, son voces que recuerdan inmediatamente que el sino de este país no tenía por qué ser la pobreza.

Una tierra capaz para tales cultivos, con ríos que sólo esperan la mano del hombre para intensificar la riqueza que guardan, madre también del mineralpreciado, del plomo y del hierro, del cobre y del azufre...

Tierra y mar unidos, pesca que canta al minero a la vuelta del trabajo. Cultivo de la tierra al sol, riqueza mineral en las entrañas, sol y luz, vino y aceite, remolacha y caña, y en sus pastos ganado vacuno de raza y solera...

Una tierra de promisión y una historia apasionante. Contrastes de Sierra Nevada a la Costa del Sol, de Córdoba a Granada, de Cádiz a Almería...

Andalucía la pobre, la escasamente industrializada, la madre de emigrantes y de analfabetos... ¿Por qué? ¿Acaso de su caña y de su remolacha no sale el azúcar; de su pesca no nace una industria conservera; de sus cultivos industriales, una industria derivada; de sus minerales, plantas que los exploten; de sus vinos, una industria exportadora; de sus hombres, una mano de obra calificada; de sus ríos, canales que lleven el agua a los desiertos; de sus puertos, una actividad comercial; de su sol, una atracción turística?

Ciertamente, si el Sur español no ha llegado a seguir esas indicaciones de sus supuestos naturales, habrá que pensar en razones ajenas a la desgracia geográfica o climatológica. Cualquier viajero

desatento, que sin querer fije su mirada al paso de sus tierras y de sus ciudades, comprende que la industrialización de Andalucía debió morir por algunas razones explicables. Ni el azar ni la fatalidad pueden ser tan fuertes para acabar con algo que puja de Este a Oeste de esta tierra, apta para el progreso y dispuesta para el desarrollo. ¿Quién le volvió la espalda al desarrollo industrial de Andalucía? ¿Por qué sus hombres deben marchar hoy a Europa central, cuando la madre tierra les quiso bien y les ofrecía elementos para una vida digna?

He aquí preguntas con las que ya iniciamos en los años sesenta el arduo caminar por la industria de un país que no se considera en las historias de las sociedades industriales, que todos hoy clasifican entre las zonas pobres de esta Europa próspera, y que fácilmente se observa con los ojos misericordiosos y paternalistas del que lamenta la fatalidad secular abatida sobre las espaldas de un amigo lejano, considerándola azares del destino, siempre misterioso, siempre injusto, siempre atávico... ¿Y por qué, además de lamentar el mal abatido, no tratar de averiguarlo? Si sus espaldas son hermosas y fuertes, ¿quién las golpea para que se sienta derrotado? ¿Qué le ocurre a Andalucía, entre la alegría, misteriosa y las filigranas adormecedoras de sus poetas?... ¿Hablar de su industrialización es proseguir la marcha de su historia, es hacer poesía nueva, aunque metálica, es ofrecer alguna brizna de esperanza a sus hombres del mar y del campo y de la mina? ¿Vale o no una chimenea entre los olivos más que entre las nieblas europeas? ¿Qué poesía desea el mecánico y el carpintero además de la de su cante hondo? La industria, ¿no es un paso hacia la vida?

[...]

LA REFORMA DE LA EMPRESA

Poder en la empresa y poder en la sociedad

Por supuesto, la reforma de la empresa es una cuestión capital para el desarrollo económico y social (podríamos añadir y

político) de un país, y aun nos atreveríamos a decir que del mundo entero. Ya hemos apuntado la complejidad de los problemas que plantea la llamada democracia industrial. Pero es indudable que el fundamental y condicionante de todos los demás –relaciones humanas, información en la empresa, humanización de la productividad y de los sistemas organizativos, etc.– es el problema del *poder en la empresa*, que, a su vez, no es más que un aspecto del problema esencial del *poder económico* –y de rechazo, social y político– *en la sociedad*. O si queremos decirlo de otro modo, podemos afirmar que la estructuración del poder en la empresa es consecuencia y reflejo de la estructuración del poder económico en la sociedad.

Naturalmente, el problema no se plantea indiferentemente según se trate de empresas grandes, medianas o pequeñas. La rápida evolución sufrida por el mundo capitalista en las últimas décadas ha trastornado los presupuestos clásicos del siglo pasado y de comienzos de éste, y hoy todos los países occidentales se hallan afectados por el fenómeno de la concentración económica. Podemos decir que de alguna manera las sociedades industriales presentan características afines en cuanto al fenómeno de la concentración económica y podemos añadir que el rápido progreso tecnológico y lo costoso de las inversiones industriales contemporáneas han favorecido el fenómeno monopolístico. Es indudable –como señalamos en la parte cuarta– que la industria española se halla regida estrechamente por el mandato de nuestros grandes monopolios bancarios. En ese sentido la decisión en la pequeña y en la mediana empresa se halla condicionada por la política de esos grandes *trusts*. Y aunque en el interior de las pequeñas y medianas empresas quede aún mucho camino por recorrer hacia la democratización, nadie dudará que los límites entre los que se mueve el empresario mediano o pequeño le dificultan considerablemente cualquier intento de participación obrera en la gestión, además de la mentalidad más o menos reaccionaria que habitualmente poseen y su tradicional miedo a perder la autoridad absoluta. Por ello si queremos comprender el problema del poder en la empresa

deberemos considerarlo en estrecha conexión con la fisonomía que ofrece nuestra sociedad global. Las transformaciones acaecidas en la evolución de la propiedad industrial y en el control de la gestión directiva, la rápida difusión de las grandes sociedades anónimas estrechamente interconectadas entre sí a través de los *trusts*, *holdings*, *cartels*, etc., y sobre todo la presencia de un poderoso capital financiero en nuestro país conectado –cada día con mayor intensidad– con el gran capital internacional, y que se ha apoderado vorazmente de la gran industria española, son elementos fundamentales para definir la situación del poder de decisión en la empresa.

Así pues, en una estructura de sólida constitución monopolística, ¿qué sentido tiene hablar de reforma de la empresa, cuando el poder político y el poder social están rígidamente controlados por una minoría dirigente? Naturalmente, reforma de la empresa quiere decir difusión del poder de decisión, transferencia del mismo a manos del pueblo y de la sociedad, sea a través de nacionalizaciones, municipalizaciones, fórmulas de autogestión o de cogestión, etcétera... Quiere decir participación directa de los trabajadores en la gestión de su propia empresa, sea ésta nacionalizada o colectivizada, o regida por un «poder concertado». Las fórmulas pueden ser muy varias, según los casos y según los tipos y tamaños de empresa de que se trate. Sería peligroso cerrarse dogmáticamente en tal o cual fórmula única, y en una estructura socializada caben diversas fórmulas de democratización de la empresa. En cada caso se deberá buscar la fórmula que técnica, jurídica y socialmente se adapte mejor a la circunstancia concreta. Siempre velando por su inserción en la sociedad global y sin permitir que se pase meramente de una transformación de propiedad privada de un grupo de trabajo sin interés por los problemas generales de la sociedad. Cabe también el egoísmo de grupo y una actitud reaccionaria en una estructura socializada, por supuesto; se debe velar por una comprensión de la necesidad de un plan general que permita equilibrar los posibles sectores y ramas de la actividad económica. Pero en cualquier caso la transformación –reformista o revolucionaria–, irá en el sentido de una expropiación del capital privado y de una conquista del

poder de decisión por parte de la clase trabajadora, entendida en un sentido muy amplio: clase obrera, técnicos, clase burocrática, pequeños y hasta medianos empresarios, etc.

[...]

HACIA UNA CIVILIZACIÓN DEL TRABAJO

Políticas insuficientes

En esta situación y ante semejantes realidades, ¿qué caminos se le ofrecen a las fuerzas progresivas del país, y concretamente al movimiento obrero, para transformar la estructura y establecer las bases de la equidad social y regional?

Hemos visto en el *Anexo* del capítulo anterior cómo ninguno de los instrumentos neoliberales ofrece un alcance suficiente para ello; ni la política de salarios (salario mínimo interprofesional, convenios colectivos y retórica de la productividad) ni la política fiscal aparecen con suficiente capacidad para establecer la igualdad. Es más, en cierta medida contribuyen a mantener la desigualdad. La experiencia francesa a que aludimos en el artículo sobre *La desigualdad establecida* es reveladora en ese sentido y ayuda a perfilar nuestro futuro.

A través de estas páginas hemos insistido en la importancia capital que tiene para nuestra economía el fenómeno de concentración capitalista. Supuesto que las convicciones neoliberales predicen la retórica de la libertad de competencia y se manifiestan contra sus restricciones, podemos preguntarnos qué instrumentos utiliza la política económica occidental para luchar contra los monopolios. Tamames en su obra sobre el tema,¹ después de estudiar los fenómenos de concentración en diversos países capitalistas, aborda los medios de que dispone el Estado para luchar contra los monopolios,

1. Ramón Tamames: *La lucha contra los monopolios*, Editorial Tecnos, Madrid.

especialmente por lo que se refiere a la eficacia de las leyes *anti-trust* (ya contamos con la edición de ley española correspondiente), a la luz de experiencias habidas en otros países: Estados Unidos, Inglaterra, Alemania. «Con la aplicación de las leyes *anti-trust* no se pudo evitar –porque era realmente inevitable– que el movimiento de concentración y monopolización –inherente a la dinámica capitalista– prosiguiera en los Estados Unidos», señala Tamames. Y al final de su obra concluye diciendo que «las esperanzas que se pongan en una ley antimonopolio no deben ser muy grandes». Pues «la experiencia en los Estados Unidos, Alemania y el Reino Unido demuestra que, además de una legislación muy precisa y un ánimo decidido de las autoridades de llegar a aplicarla –ánimo por demás poco corriente–, es necesaria la adecuada intervención de la administración por medio de la empresa pública, y una serie de medidas coordinadas de orden industrial, arancelario, comercial y fiscal». No en vano nos recuerda Tamames que precisamente es Estados Unidos, que cuenta con la legislación *anti-trust* más prolija, el país donde los fenómenos de concentración capitalista han alcanzado grado más elevado.

Información Comercial Española ha tratado insistentemente el tema de los monopolios, y con motivo de la aparición de la ley española contra restricciones de la competencia dedicó un número monográfico al tema, con la llamada de *Lucha contra el monopolio*. Recordaba en su editorial que precisamente el Gobierno había encargado al Ministerio de Comercio la elaboración de un Proyecto de Ley de Antimonopolio.¹ Después de recordar la conveniencia y necesidad de dicha ley, la revista llamaba la atención «sobre las inevitables insuficiencias y limitaciones de toda legislación represiva de las prácticas monopolísticas, que no tendrán demasiado sentido ni verdadera eficacia en España si no se inserta en el marco de una política general de fomento de la concurrencia, de amplia envergadura y suficientemente enérgica». La ley se ha puesto en vigor, pero nadie duda que la dinámica monopolística sigue su curso a considerable

1. Véase el número de *Información Comercial Española* de enero de 1963.

velocidad. En suma, la ley servirá para parciales escaramuzas y para que los juristas a sueldo de la *élite* agudicen su cerebro práctico para encontrar nuevas formas de asociación a salvo de la ley.

El hecho es que las experiencias ajenas y la propia nos prueban que ni la política antimonopolio ni la política liberalizadora bastan para frenar el avance incesante de los grupos financieros. Las políticas neoliberales, pese a su estilizada retórica, aparecen incapaces de frenar el proceso de concentración «inherente a la dinámica capitalista». Pues, en definitiva, y desde un punto de vista de auténtico cambio social, una política económica que realmente desee atacar las raíces del mal, que desee ir al fondo de la cuestión, no puede contentarse con vagas e imprecisas medidas que, en definitiva, no pueden ir demasiado lejos por la misma estructura social y económica que las encuadra, ya que dicha estructura existe precisamente para defender aquella concentración de poder económico y social. Es indudable que una política económica y social que trate de ir al fondo de la cuestión, es decir, que se proponga un auténtico cambio nacional, debe fijarse objetivos más amplios.

Una tal política se debe proponer como uno de sus objetivos esenciales arrebatar el poder económico de las pocas manos en que hoy se concentra y transferirlo a manos del pueblo, a través de sus auténticos representantes, para que éste sea definitivamente el rector de sus destinos. Naturalmente, esta transferencia supone una estrategia y unos medios para llevarla a cabo, estrategia y medios que requieren la unión de la clase trabajadora y de todas las fuerzas progresivas del país, junto con el vigor y la urgencia de la lucha pacífica e incesante, respetando siempre la paz civil.

Una transformación cualitativa

Pero, por supuesto, no se trata simplemente de transferir el poder económico. No se trata simplemente de que la clase trabajadora llegue a poseer auténticos controles democráticos del mismo. Hay que saber ya de antemano los objetivos que deseamos alcanzar,

hemos de ir precisando qué clase de sociedad queremos establecer una vez que el poder económico, político y social se halle en manos del pueblo, a través de instituciones democráticas adecuadas. Y esto no sólo por la satisfacción de intuir nuestro futuro, sino ante todo porque esta precisión de objetivos marcará ya nuestra acción de ahora, señalará los caminos que conviene recorrer y cuáles debemos desechar por engañosos y retóricos. En una palabra, conociendo el fin y los objetivos precisos, comprometiéndonos al enunciarlos, habremos elegido, habremos tomado partido a favor de auténticos cambios sociales. Lo que nos ayudará a eludir caminos y medios que, si bien aparentemente resuelven aspectos parciales, analizados a fondo nos indican su incapacidad para alcanzar los objetivos propuestos.

Se trata de saber adónde vamos con un mínimo de claridad. La sociedad burguesa impregna con su filosofía, oscura pero coherente, todo lo que la rodea, y la misma clase trabajadora en lucha contra el desorden establecido puede llegar a confundir los objetivos. Pues no se trata de luchar simplemente por mejorar el nivel de vida —aunque esto sea una consecuencia lógica de aquella transferencia de poder y de una política social preocupada de veras por los intereses populares—; es decir, en última instancia, no se trata de una transformación meramente cuantitativa, sino *cualitativa*. Luchar por la transferencia del poder económico quiere decir ante todo luchar por la conquista de una «civilización del trabajo» como alternativa frente a la actual «civilización del consumo». Esta *transformación cualitativa* es la clave del futuro popular, y la clase obrera española debe comprender los objetivos que comporta.

Nos explicamos. La minoría burguesa como clase dominante ha desarrollado una civilización basada en el consumo, y añadiría, en el consumo material por encima del consumo cultural. Esta civilización, en su versión actual en aquellos países que la han desarrollado en mayor grado y a los cuales se trata de «imitar», puede aportar una mejora del nivel de vida, si no de todo el pueblo —ya vimos que en los países de la opulencia existe un adecuado nivel de pobreza en sectores marginales de la población—, sí de amplias capas de

trabajadores manuales e intelectuales, a los que se ofrece el objetivo de «elevarse en sus propios niveles de consumo». El prestigio social gira en parte alrededor del grado de consumo material alcanzado, y la TV es un hito en el camino del ascenso social. O así se le hace creer al *hombre-consumidor*, fácilmente dispuesto a caer en esta trampa. Pues es más, la civilización del consumo neocapitalista debe contar si quiere desarrollarse progresivamente, con aquel aumento de nivel de vida de las masas trabajadoras. El progreso del consumo es la fuente de las riquezas particulares de las minorías corporativas, y si no hay consumidores con un nivel adecuado de poder adquisitivo el consumo no progresa; consiguientemente la producción, y en última instancia los beneficios del capital, no aumentan en las proporciones que la clase dirigente persigue.

Para la clase trabajadora no se trata de perseguir simplemente reivindicaciones parciales y de alcanzar aumentos de nivel de vida, aunque esto sea una fase parcial de la lucha. Pero centrar la acción únicamente en éstas es aceptar las reglas del juego de esa civilización del consumo y de *confort* característica de la expansión capitalista. La clase obrera no debe aceptar el tablero de ajedrez que le presenta la clase dirigente. Debe desplazar la lucha precisamente hacia el cambio de tablero. Su objetivo cualitativo debe ser instaurar una civilización del trabajo. Aumento de nivel de vida, aumento del consumo y en todo caso concesión de tiempo libre para consumir de nuevo, son objetivos que la clase dominante acepta como viables para los trabajadores convertidos en *hombre-consumidor*. Pero ninguno de ellos transforma la naturaleza esencial de esa civilización, ninguno de ellos atenta contra la concentración de poder económico, social y político exclusivo de la clase dominante. Al contrario, la expansión de la civilización del consumo refuerza ese poder, lo acrecienta, aunque ello no impide, no puede impedirlo, que al mismo tiempo se desarrollen fuerzas de oposición, fuerzas nacidas de sus mismas contradicciones y que ponen en tela de juicio la validez humana de esa civilización.

El trabajador no puede contentarse con resolver el problema de su bienestar y de su ocio, aunque ambos deban abordarse dentro

de los cambios sociales a realizar. La liberación de la miseria, de la pobreza embrutecedora a que condenan los bajos niveles de salarios que hemos descrito, la liberación del exceso de trabajo que reducen a límites intolerables los márgenes del ocio y del tiempo libre, son condiciones necesarias, pero no suficientes. Es preciso luchar por la *liberación del hombre en su mismo puesto de trabajo*, por una parte, al mismo tiempo que el desarrollo económico debe fomentar el desarrollo integral de la persona humana y no simplemente sus deseos de bienestar material.

Como hemos apuntado, el capitalismo monopolista trata de transformar al trabajador en consumidor ya desde el estadio productivo es decir, «en un hombre cuya realidad no sería el trabajo, sino el consumo pasivo, cuya *verdadera* vida no sería lo que hace en el seno de la empresa y de la comunidad local, sino lo que le permite evadirse de ella. Un tecnócrata francés de izquierda, Vaez Oliveira, resumía una vez esta tendencia del capitalismo monopolístico, políticamente autoritario, económicamente organizado y socialmente previsor, atribuyéndole la divisa: «Consume y cállate.»¹

El desarrollo de la civilización capitalista ha sido incapaz de afrontar los graves problemas que el progreso industrial lleva consigo: división progresiva del trabajo hasta el mismo desmenuzamiento, separación de la preparación del trabajo de su ejecución—«el cerebro en la oficina y el brazo en el taller», de Taylor—, dominio progresivo de la máquina sobre el hombre, consecuencias fisiológicas y psicológicas del cronometraje y de los sistemas de incentivos, progresiva desprofesionalización de las tareas, etc., en suma, toda la serie de problemas que plantea la aparición del *medio técnico*—según frase de Friedmann—, tanto en la vida social como política y laboral. La investigación en este terreno requiere una amplia visión técnica, social y humana al mismo tiempo. Sus objetivos se distancian de los clásicos fines lucrativos por los que la minoría capitalista ha impulsado la investigación. Los problemas son complejos, difíciles de abordar. Pero lo importante es la voluntad de afrontarlos, de

1. André Gorz: *Les temps modernes*, septiembre 1962.

ponerse en camino. Otros problemas más graves ha resuelto el hombre. Si no se van disolviendo al compás del progreso técnico es esencialmente por indiferencia y porque, en principio, liberar o no al trabajador en su tarea productiva, permitir que a través del proceso de producción el hombre se desarrolle a sí mismo, es problema que a la minoría del poder le importa poco. Le interesa que ese hombre produzca y consuma y lo demás son para ella problemas marginales.

La civilización monopolista cuenta con el *hombre-consumidor* y productor y le importa poco que el trabajo industrial lo embrutezca mientras conserve su capacidad de consumo. Sus esfuerzos se dirigen no a liberarlo de la alienación del trabajo deshumanizado y desmenuzado, no a buscarle vías de desarrollo personal, sino a orientar y a iniciar sus deseos de consumo hacia aquellos bienes que le traerán la maximización de sus beneficios. Si se comparan los esfuerzos que la civilización capitalista ha realizado en el orden de la propaganda para incitar a la apetencia de aquellos bienes que convienen al lucro de los intereses privados con los escasos esfuerzos que se han llevado a cabo –en profundidad– para adaptar el progreso técnico e industrial a la fisiología y a la psicología del trabajador, se verá la realidad de cuanto venimos diciendo. Las ventas a plazos, la propaganda masiva y costosa– el coste de propaganda llega a constituir en ocasiones el 60% y aún más del precio de venta, lo que encarece el producto sin añadirle ninguna nueva propiedad–, la multiplicación inútil y encarecedora de productos iguales de los que sólo varía el envoltorio, en suma, la permanente multiplicación de despilfarros económicos y humanos, son buena prueba de la irracionalidad de una civilización que centra sus objetivos en los beneficios privados de una minoría privilegiada y que desconoce las profundas necesidades del pueblo y de la clase trabajadora, que son necesidades materiales, sí, pero al mismo tiempo espirituales y culturales, necesidades de desarrollo humano y de plena liberación, tanto en el trabajo como en el ocio.

[...]